

Díez Jorge, María Elena (dir.), *Sentir la casa. Emociones y cultura material en los siglos XV y XVI*. Gijón, Ediciones Trea, 2022. ISBN 978-84-19525-47-5. 495 pp.

Juan Vicente García Marsilla¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfvii.12.2024.40064>

¿Tienen alma las cosas? Planteado así puede parecer que vamos a hablar de licencias poéticas o del oscuro mundo del esoterismo, pero el libro que nos ocupa se plantea objetivos mucho más serios: pretende hacer reflexionar al lector o lectora sobre los lazos emocionales que las personas del pasado establecieron con los objetos de su entorno más inmediato, con aquellos que les permitían concebir sus viviendas como un hogar y les situaban afectivamente en el mundo. En ese sentido sí cabe preguntarse por el «alma» que contienen los objetos, es decir, por todos los sentimientos y significados sobrevenidos que se acumulan en ellos a partir de la vivencia de quienes los han poseído, usado o disfrutado. Y para ello, el grupo liderado por Elena Díez Jorge, catedrática de Historia del Arte de la Universidad de Granada, lleva ya varios años trabajando en un proyecto que enlaza dos de las corrientes historiográficas que se han demostrado más vigorosas y coherentes en los últimos tiempos: la historia de las emociones y la de la cultura material.

En parte, la historia de las emociones deriva de la «Historia de las Mentalidades» que propugnaron los historiadores de los *Annales*, sobre todo en la década de 1970, y del llamado «giro lingüístico», que paralelamente se experimentó en los ámbitos académicos anglosajones. Como ellas, supone un acercamiento a metodologías de otras Ciencias Sociales, como, en este caso, la psicología o la antropología. Lo nuevo que aporta la historia de las emociones es, quizá, un intento de bucear en las vertientes menos «racionales» de nuestra relación con los demás, pero también con todo el universo material que nos rodea y con el que interactuamos. Como historiadores, sin embargo, debemos plantearnos ¿A partir de qué fuentes? Si en épocas históricas más recientes es relativamente fácil encontrarlas, porque han podido sobrevivir escritos personales, recuerdos objetivados en imágenes o hasta grabaciones que recogen vivencias y emociones, en la Edad Media o en la Moderna se va haciendo cada vez más difícil encontrar testimonios que no estén, de alguna manera, tamizados por las convenciones, por lo «políticamente correcto» de cada momento histórico.

La apuesta de este volumen es, por tanto, buscar esos objetos y esos documentos que nos abran la puerta de atrás de la empatía hacia lo que aquellas personas debieron de sentir y cómo se enfrentaron a los avatares de sus vidas. Quince estudios que parten de fuentes muy distintas y aplican métodos muy variados nos acercan pues a un universo aún bastante novedoso para los historiadores, sobre todo en España.

1. Universitat de València. C. e.: juan.v.garcia-marsilla@uv.es; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5071-6491>

De una forma u otra, la casa, entendida como espacio vivido, es el núcleo que articula todo el discurso. En ella los objetos toman un sentido y se convierten en protagonistas secundarios de las relaciones personales, en proyecciones permanentes de las emociones que se han expresado en ese ámbito. Como varios de los textos recogidos en este volumen demuestran, ese ámbito doméstico está también fuertemente cargado de elementos de género: la casa en las sociedades preindustriales es un espacio feminizado con frecuencia, en el que son las mujeres las principales gestoras de los sentimientos. Ellas se convierten en garantes de una continuidad de las rutinas cotidianas, de los rituales y de la transmisión de valores. Así, en ámbitos muy distintos, desde los hogares de cristianos viejos moriscos, judíos o conversos a los de las familias del Nuevo Mundo, ya fueran criollos, indígenas o esclavos, existe una cierta «comunidad emocional» de las mujeres que comparten, por el rol que la sociedad les ha asignado, unas formas de actuar y de relacionarse con el universo material que se arraigan en el ámbito de lo cotidiano. Se convierte por tanto en una de los objetivos más interesantes de la historia de las emociones el determinar, a través de la comparación entre sociedades y hasta períodos históricos distintos, qué hay de inmanente, hasta de antropológico podríamos decir, en la expresión de esas emociones y qué de cultural, de cambiante y, por tanto, susceptible de un análisis propiamente histórico.

El cambio en el tiempo, objeto fundamental de la historia, se hace así patente en estos estudios, en los que vemos como, aún con la lentitud de los procesos de «larga duración» de los que hablaba Fernand Braudel, las formas de vivir y hasta de expresar los sentimientos se van transformando y se manifiestan de formas diferentes según los contextos, las idiosincrasias de cada grupo o las simples opciones individuales en algún caso. A partir de fuentes y métodos distintos, como el análisis de los colores y su valoración, los cambios en la lengua, el análisis de inventarios de bienes y su comparación con las piezas reales conservadas o el desciframiento de todas las emociones que se vierten en los testamentos, por citar solo algunos, los autores y autoras de este volumen proporcionan visiones nuevas de la vida de nuestros antepasados que nos hacen reflexionar sobre las sociedades en las que estaban insertos y compararlos instintivamente con nuestras propias vivencias.

A todo ello se debe añadir la importancia que se ha otorgado en esta obra a los recursos visuales, que son de lo más variado y cuidado: desde dibujos de las situaciones rescatadas de la documentación para hacer más tangible lo que nos cuentan a infografías, planos de geolocalización, maniqués que nos muestran los vestidos y sus transformaciones, además, naturalmente, de las obras de arte o las fotografías de piezas. Lo interesante, además, es que esas imágenes no son simples «ilustraciones» de la parte escrita, sino que son sustantivas en sí mismas, aportan conocimiento y ayudan, de forma consecuente con la temática del libro, a «percibir» de otras formas las emociones que se han rastreado en el pasado.

La vía, desde luego, está abierta a partir de estos estudios para profundizaciones posteriores en un campo en el que la pulcritud del método y la comparación de fuentes distintas debe ser el camino para dar consistencia a una historia de las emociones que contribuya a renovar el utillaje del historiador sin caer en la trivialidad o el sensacionalismo.